

“Siempre es bueno dar consejos, pero darle buenos es fatal”

OSCAR WILDE

La autorregulación y la felicidad

El fin último del hombre y de la mujer, a través de su existencia, siempre ha sido alcanzar la felicidad. Meta que supone la búsqueda e internalización de una complacencia trascendental que lo enlace a uno con la naturaleza, el principio o el bien, que Santo Tomás de Aquino lo plantea como igual a Dios, aludiendo al concepto del bien que elaboró el filósofo griego Platón. Es como alcanzar el Nirvana para el hindú y el paraíso para el cristiano, intención que lo ha venido deslumbrando desde el instante en que hizo suya la Teoría de la Creación, el hombre hecho por Dios a su imagen y semejanza, según el libro del Génesis, del Viejo Testamento, hoy la Santa Biblia. Libro primero en el que se describe cómo la primera pareja humana por su propia voluntad se desvinculó de la perfección y perdió la armonía natural que los irradiaba en el jardín del edén, y cae en el pecado, que representa la separación de la perfección al desentrañar su propia felicidad racional de existir y no responder a la felicidad inherente de ser. Este nuevo encuentro con la realidad revoca la inhibición a la autorregulación que le impuso el Creador dando al traste con el libre albedrío. Adán y Eva perciben entonces que dicha condición impuesta por Dios imposibilita la libertad, conclusión que fue sin duda alguna una vital decisión que se ha venido manifestando en el hombre y la mujer sin reserva alguna. Fue un acto de libertad y desobediencia que marcó para siempre su impotencia natural a la autorregulación, pues cuando se pierde la correspondencia básica con la referencia principal, el Principio, se desentona la felicidad inteligible para siempre, pero lo trascendental es que aún sabiendo que dicha condición es inalcanzable y que no existe la menor oportunidad de regresar al principio, a la armonía original con la naturaleza, el ser humano nunca pierde la ilusión de integrarse a la conciencia universal, por medio de la autorregulación. Una capacidad natural, que en principio, todos

¹El autor es catedrático de la Escuela de Educación de la Universidad del Turabo, en Gurabo, Puerto Rico.

poseemos para descubrir y ejecutar, cosa que para muchos seres humanos significa lo mismo que evitar el pecado y estar en gracia de Dios.

Por otra parte, algo similar sucede en nuestro pensamiento al estudiar la teoría de la Evolución de las Especies, que desarrolló el investigador Charles Darwin. Sus inteligentes e innovadores postulados nos han llevado a deducir que para que el hombre no haya desaparecido de la faz de la tierra tuvo que haber ocurrido, a través de los tiempos, una serie de sucesos de autorregulación que facilitaron la adaptación y supervivencia de las especies más fuertes. Lo que llamó el autor la capacidad de adaptación a las distintas formas de vida. Algunos ejemplos que sostienen esta afirmación son: su férrea voluntad de no comer ningún alimento dañino o venenoso; desestimar rituales peligrosos; la emigración a lugares más habitables; la vida en sociedad; la creación de herramientas, etcétera. Pero lo más importante de esta analogía es visualizar el paralelismo existente entre estas dos teorías del origen del homo sapiens: La *creación* y la *evolución*, respectivamente, sostienen con hechos la imperiosa necesidad de que los seres humanos autorregulen su vida.

Como corolario de lo descrito anteriormente, en la actualidad, los tormentos principales del ser humano se ponen de manifiesto en un desenfrenado materialismo, donde todo se mide y se valora desde una perspectiva concreta y presentista, lo que desafortunadamente se ha convertido en los seres humanos, con gran fuerza y sin control, en un hedonismo primitivo y egoísta. Conocido para muchos como la pasión dominante. Estas, en verdad, no son de por sí ni buenas ni malas, más son pasión del bien o del mal según la el gobierno de la razón que hicieren de ellas. Vicios capitales que marchitan las buenas ideas y desordenan el sentimiento y apagan la voluntad, males que a través de los siglos nos ha llevado a la maldad e injusticia, a saber: *la soberbia, la avaricia, la gula, la lujuria, la envidia, la ira y la pereza*.

Siete males capitales que nos llevan a la destrucción individual y colectiva cuando no contamos con la voluntad de autorregular nuestro comportamiento cognitivo con juicio y reflexión. No es que la pasión dominante «instintos primarios» pueda estar marginada absolutamente de nuestra existencia, pues no es real ni conveniente, pero sí es vital y necesario trazar controles de conducta personal que promuevan la mejor convivencia con los demás. Si ocurriese lo contrario, como suele suceder en un gran sector de la población, nos apartamos

de la misma naturaleza humana y actuamos como meros animales. Por lo tanto, es fundamental que reflexionemos con la mayor atención a cerca de esta situación para así dirigirnos con firmeza y claridad en nuestras vidas. Sólo cuando descifremos esta realidad contribuiremos a la solución de una de las grandes contradicciones que nos desunen y nos deshumanizan: *el libertinaje y la buena vida versus la vida buena, en perjuicio de nuestros semejantes.*

Es prioritario entonces, de una vez por todas, que aceptemos que nuestra existencia debe estar autorregulada y orientada por códigos o guías universales presentes en la naturaleza y que todos logremos descubrir como seres humanos, que estas se ejemplarizan en las trascendentales enseñanzas que nos impartieron los grandes guías de la humanidad, como Confucio, sabio chino; Buda, profeta indio; Sócrates, filósofo griego y Jesucristo, el Mesías judío, entre otros. Sus lecciones siempre fueron dirigidas a hacer de nosotros mejores seres humanos, por consiguiente es vital que tratemos de emularlos en la medida de nuestras posibilidades y convicciones. Un buen punto de partida a estos efectos sería recordar lo que dijo el filósofo chino Confucio en su Método de Oro, "*El hombre culto evita todo exceso y toda pasión extrema*". Para finalizar los invito a que seamos éticos ya que la eficacia de la razón es una norma de la conducta. Ser ético es, en definitiva, aplicar la razón siempre, nunca lo debemos olvidar. Entonces, nuestras acciones contribuirán de manera significativa y verdadera a la formación de una mejor humanidad.